

DISCURSO DE CONTESTACIÓN

POR EL ACADÉMICO

ILMO. SR. D. JOSÉ SANCHIS SIVERA

EXCMO. SEÑOR:

SEÑORES ACADÉMICOS:

Ante todo debo expresar mi gratitud por la honra que me dispensa la Academia de llevar su voz en esta solemnidad, y hacer pública la profunda satisfacción e intensa alegría que me produce el contestar al nuevo académico, mi antiguo y querido amigo. Mas para que quede en vosotros la grata impresión del discurso que acabáis de oír, me limitaré sólo a presentaros, por debida cortesía, al nuevo académico, y a emitir algunas consideraciones sobre el importante tema que tan elocuentemente ha desarrollado.

¿Quién no conoce al Excmo. Sr. D. Rafael Pastor, dignísimo Rector de nuestra Universidad Literaria, reputado Médico, Catedrático ilustre de la Facultad de Medicina, perfecto caballero y personalidad tan apreciada, lo mismo en los Círculos de alta sociedad que en los Centros de cultura, por su ameno trato e incansable laboriosidad? Ello me releva de enumerar todos los cargos que ha ejercido, de hacer relación de sus méritos personales, de poner de manifiesto su actividad y acierto en las muchas Comisiones que en su activísima vida ha desempeñado, y de fijar la atención en los diversos trabajos que ha llevado a efecto, con la sola idea, plausible en alto grado, de engrandecer a su pequeña Patria y ser útil a sus semejantes. Llamándole a ocupar un sitio en esta Academia, premiáis sus méritos y recompensáis su labor en pro del adelanto general, y al mismo tiempo le utilizáis, como persona de gran valía, para promover y adelantar en los nobles quehaceres de nuestro glorioso Instituto.

Paradójico semejará a cualquiera el que un Médico, habituado a mitigar los dolores de la vida, y dedicado a arrancar de la muerte preciosas existencias, sea llamado y venga a estos lares para aunar sus esfuerzos, con los que, por su profesión o por el amor a todo lo bello en sus diversas manifestaciones, dedican sus actividades a conservar, engrandecer y propagar lo que constituye la expresión más manifiesta del espíritu humano, las creaciones del arte, mucho más cuando el propio interesado, con modestia suma, manifiesta que, por inepto, él mismo se expulsó hace ya tiempo del grupo de artistas en cuya legión formaba.

No, no es posible pasar sin protesta esta afirmación, y yo puedo dar fe de ello. Permittedme que evoque tiempos pasados.

Hace ya muchos años, pues entonces era yo casi un niño, cuando llevado de mis aficiones literarias, me lamentaba de no poder estudiar algunas obras de los grandes Maestros en su idioma original, el nuevo académico, con quien formaba parte de una tertulia de hombres eminentes, yo, como podéis suponer, de simple espectador, con-

soló en seguida mi ansia de saber, proporcionándome lo que tanto deseaba; y es que él manejaba aquellos autores como la cosa más natural, y estaba familiarizado con ellos, gozando en sus lecturas de sus bellezas, de sus emociones y de sus diversas técnicas. Bien comprendí ya entonces que el Académico de hoy sentía, como yo, que el arte era gloria, y la gloria el canto magnífico que place al corazón, el suspiro que armoniosamente exhalan las almas. Después he comprobado, más de una vez, que, como Rusken, se deleitaba en la contemplación de las montañas que se destacan en un fondo azul, que sentía el placer que producen en el alma las bellezas de la naturaleza, lo mismo la inmensa llanura de los follajes de idénticos tonos que los árboles; los torrentes que reflejan celajes de azul y púrpura, que las cabañas, cercados y campos verdeantes. Y no es esto sólo, sino que más de una vez le he visto indignarse ante las profanaciones hechas en monumentos que en su vetustez llevan impresa la antigua gloria nacional, ante el mal uso que se hacía de una torre, de una amarillenta ruina, de un capitel abandonado, de una bóveda desmantelada o de una flecha caída que en otro tiempo embellecía la silueta de un edificio. El que expresa estos sentimientos, el que ama todos estos vestigios extraños y se enamora de los restos que son testimonios de civilizaciones distintas de la suya, puede ser también, además de un excelente Médico, un entusiasta arqueólogo, y comprender que la obra de arte, sea como quiera, es el signo de la emoción de un artista, signo susceptible de conmover, a su vez, a los demás hombres. Bien venido sea, pues, el Médico que, además de proporcionar la salud, sabe es la historia del arte la misma historia del hombre, y que la vida del arte, nacida del hombre, está estrechamente unida a la suya. ¡Cuántos estímulos, cuántas enseñanzas debemos recoger del discurso del nuevo académico! Es el «valor de las artes plásticas en los estudios histórico-sociales» de tal importancia, que créome en el deber de comentar algunos de los conceptos que acabáis de oír.

Es indudable que la belleza existe en la inteligencia, revelándose los tipos ideales en los objetos, los que no se fijan en hacimientos de rasgos individuales, descubriéndolos el genio por una pura visión y razonándolos el buen gusto, a los cuales se somete el arte en sus creaciones. Por eso vemos, y ello nos lo enseña el estudio de las artes plásticas, que el hombre, desde los tiempos protohistóricos, ha unido siempre lo útil a lo bello, admirándose en todos los objetos por él contruídos la unión de los tres elementos: genio, gusto y arte, los que no se pueden separar sin destruir del todo el ideal de la belleza.

El estudio, pues, de cada objeto nos revela y descubre todos los rasgos característicos de la época en que se engendró, ofreciéndonos de ella un cuadro global de la civilización. Atraído el hombre por la magia del pasado, por la curiosidad de lo que ya no existe, remonta el curso de los siglos y experimenta goces indecibles al evocar lo que ha muerto. Después de largos años de estudio, sumergido en el abismo de hechos que se fijan en la memoria como objetos sin vida, asustado de su simplicidad, siente el deseo de recoger, de comprender la razón de ser de lo estudiado, de construir una larga síntesis, un cuadro donde ocupen ordenadamente un lugar todas las informaciones de detalles, porque sabe que la Historia sufre cambios por todas partes y diferencias esenciales en el tiempo y en el espacio, y aunque encadena unos hechos con otros por la cronología, esto no basta para constituir un grado indispensable de conocimiento. Y esta vida, esta espiritualidad necesaria para que se despierte en los objetos inanimados el lenguaje que nos indique la psicología de una época, de una raza, de un pueblo, nos lo ofrecen las artes plásticas, que tienen más permanencia

que la ciencia histórica, mostrándonos en los que realizaron los hechos, los hábitos religiosos, morales y legales, los usos y costumbres, y gran número de elementos necesarios para explicar cuestiones de gran interés artístico, industrial y litúrgico. La Historia hace hablar los documentos; pero las artes plásticas se aprovechan de los monumentos más informes, y los hace hablar de las interioridades de los pueblos: si la primera estudia al hombre, las segundas nos ponen de manifiesto sus obras y nos trazan con vigorosos perfiles el camino recorrido por la humanidad, nos lo realza en sus observaciones y llena de color el cuadro, animándolo y convirtiéndolo en exacta y viva copia de la realidad.

El estudio de las artes plásticas ofrece al hombre contemporáneo un vasto relato de formas, de tipos y de técnicas que pueden inspirarle. ¿Cuántas veces el arte de hoy recurre al de la antigüedad? ¿Cuántos monumentos no se han inspirado en él? ¿No vemos continuamente que los Artistas imitan de buen grado la cerámica, la orfebrería y todo lo que constituye la plástica de la industria, dándole carácter moderno? El estudio de dichas artes nos hace conocer el pasado, constituyendo por sí una ciencia que será eterna, porque responde a las necesidades de la curiosidad, de la imaginación, del deseo de encontrar en el pasado un refugio contra lo presente, pidiendo con frecuencia a aquél un asilo contra las miserias que nos rodean, y contemplando un ideal que la imaginación puede forjar a su gusto, fuera de la verdad objetiva.

Comprender lo presente y saber lo que nuestra generación debe a las generaciones que nos han precedido, a los egipcios, a los caldeos, a los griegos, a los romanos, a los godos, a los artistas de la Edad Media: he aquí la utilidad más eficaz que se atribuye a la Historia, y también la que concedemos a las artes plásticas, historia de las formas materiales. Todo lo de la vida no es más que resultado de largas preparaciones anteriores. Nuestra inteligencia, nuestra emoción, nuestra voluntad, son cultivadas por los antepasados, y en nuestro espíritu es preciso recurrir al pasado. Siempre son los muertos los que se dirigen a los vivos. «La humanidad—dice Augusto Comte—está compuesta de muertos y vivos, siendo aquéllos más numerosos que éstos». Por la multitud y grandeza del trabajo realizado son los muertos más poderosos, los que gobiernan y a quienes obedecemos. Nuestros Maestros están bajo la piedra, bajo las artes plásticas en todos sus aspectos, y ellas son, por consiguiente, las verdaderas educadoras del pueblo, porque encierran la vida entera del individuo y de la humanidad en sus funciones más variadas.

El estudio de las artes plásticas nos lleva al conocimiento del hombre en su obra material, pues por sus divergencias a través del tiempo y del espacio, se determina la fecha, el origen geográfico, los caracteres de estilo, de técnica, la relación con un individuo especial, con una Escuela Regional, con un arte dado, y comprendemos el por qué el pensamiento que sus obras reflejan difiere del pensamiento de otros monumentos y de otros grupos sociales. Así la estatua de Praxiteles no se parece a la estatua de Lisipo; el estilo de la escuela ática no es el de la escuela de Peloponeso; la inspiración de los templos griegos del siglo VI no es la de los templos helenistas. Todo esto nos dice que el hombre se modifica individual o socialmente, lo mismo que sus obras, que no quedan localizadas en el lugar de su origen, y recorren mayor o menor distancia al hallarse vinculadas por el comercio, los viajes, las guerras y otros factores.

Estas ligeras indicaciones me llevan como de la mano a proclamar bien alto el valor de las artes plásticas en los estudios histórico-sociales, pues son el más poderoso elemento para escudriñar los secretos del tiempo. Por ellas y mediante su aplicación

apropiada en el estudio de los hechos, vendremos en conocimiento muchas veces de lo falso y de lo verdadero, discerniendo lo útil de lo perjudicial. Las artes plásticas nos hacen presente lo pasado, cercano lo distante y notorio lo que está oculto; lo viejo aparece renovado a nuestros ojos, lo olvidado resucitará espléndido, y como si se hallaren repletas de divina virtud, restituirá las cosas a su antigua forma y ser, dándonos otro modo de vida. Y no es esto sólo: por medio de las artes plásticas nos adiestraremos en manejar el escalpelo de la crítica, purificando la historia con su auxilio de las fábulas que la deslucen con frecuencia, haciendo desaparecer todo asomo de ficción, toda exageración monstruosa y toda tradición fantástica, dulcificando con ello el ambiente histórico ante el brillo de la verdad inmaculada. ¡Cómo revive la historia de los pueblos contemplando los Monumentos que construyó! Al penetrar en un templo medieval (gótico), el alma queda unida en místico arrobamiento ante la grandiosidad de la construcción y el simbolismo de todas sus partes, el plano sembrado de columnas fasciculadas, la crucería de las bóvedas, los calados de las ventanas, los rosetones cubiertos de vidrios de colores, las capillas del ábside formando una corona, los adornos reproduciendo formas vegetales y animales, las portadas ostentando en sus tímpanos fragmentos de las grandes epopeyas de la Religión, el ideal sublime del artista dando vida exuberante a la materia inerte; y entonces nuestra imaginación se traslada a los tiempos en que fué construído y contempla a las muchedumbres trabajando solamente por la gloria de Dios, sin más interés que las gracias espirituales que se concedían a los que trabajaban, fija la vista en el cielo, alimentada el alma de la fe más pura y esperando la recompensa en la otra vida. No se diga nada de esas ruinas que, maltratadas por los siglos, nos impresionan fuertemente, ya sea un capitel abandonado en medio de un campo, ya un sepulcro vacío dedicado a usos profanos, o un trozo de elegante columna corintia sirviendo de asiento a un pastor. Es que el arte de los pueblos que murieron, es su alma retratada en la ruina, y sin querer nos ponemos en comunicación, convivimos y gozamos con ella.

Séame lícito, para concluir, enderezar mis consideraciones a nuestra tierra, a nuestra Valencia. Todos sabéis que entre nosotros han tenido las artes un florecimiento tan grande en las diversas épocas de la Historia, que con razón podríamos decir que en este suelo labróse el yelmo con el que cubrió Minerva su cabeza. Nuestro pueblo tuvo siempre un elevado concepto de la belleza artística, y aunque influenciado por el gusto griego oriental en un principio, luego por el romano, bizantino y arábigo, después de la Reconquista por el germánico primero, y, al fin, por el italiano y francés, constantemente produjo un arte propio y personal, que podía competir con sus generadores, debiéndose decir que si recibió las luces de la cultura de lejanas tierras, supo apropiárselas con delicadeza suma, haciéndolas brillar con mayor intensidad por el soplo divino de su genio. El valor, pues, de las artes valencianas en el estudio de nuestra Historia, es extraordinario, como lo demuestra los monumentos que conservamos, y los documentos hasta ahora encontrados en nuestros archivos, ya que deben existir muchos más. Mirando solamente las artes plásticas que forman el principal grupo de las artes industriales, encontramos gloriosos nombres de artistas nacidos en nuestro suelo que lo honraron con sus obras, algunas de las cuales causan todavía admiración a propios y extraños. Si nos fijamos en la *gliptica* o arte de grabar las piedras finas o cuños en relieve hueco, encontramos entre los trecentistas los nombres de Bernes, Diona, Coscollá, Bosch y otros muchos que no tuvieron rival en su época, no dudando que los habría en épocas lejanas, pues el genio valenciano es el mismo, a través de

los siglos, del que labró la Dama de Elche y el Tesoro de Jávea; la *eboraria* y talla propiamente dicha, ramas del arte plástico, de las que poseemos restos tan delicados como la Puerta de Almoina y el órgano de la Catedral, el artesonado de la «Sala Daurada» del antiguo Concejo y el de la Generalidad, piezas de escultura ornamental no inferiores a las mejores que se conocen; la *toréutica* o metalistería, en los aspectos de broncería, herrería y orfebrería, según los materiales objeto de sus trabajos, de la que poseemos un muestrario de incalculable valor, y un catálogo de artistas que se ocuparon de ella, que no ha sido superado hasta el día por región alguna; la *cerámica*, que ha constituido siempre la presea más estimable de nuestro arte, alcanzando fama tan universal, que sus restos se exponen en todos los Museos del mundo como objetos de gran valor, y la *vitraria*, cultivada ya en tiempo de los romanos, y que competía con las obras que se ejecutaban en los países orientales, exportándose nuestros productos a Tiro y Sión, en competencia con los de otros países.

Estudiar, pues, nuestras artes plásticas, es lo mismo que estudiar nuestro pueblo, su alma soñadora y enamorada de la belleza, la habilidad e ingenio de nuestros antepasados, la vida toda en sus más preciadas manifestaciones, la psicología de nuestra Historia, tan gloriosa en sus hechos como admirable en su desenvolvimiento artístico e intelectual. Bien dice el nuevo académico que a las artes plásticas compite la gloriosa misión de restablecer el imperio de la verdad, pues una piedra labrada es en ocasiones más elocuente y veraz que los poemas de Homero. Estudiémoslas, saquemos las consecuencias que lógicamente se deducen, y hagamos saber al mundo que Valencia no tiene que envidiar a nadie sus timbres de grandeza histórica, artística e intelectual, logrando con ello se rectifiquen muchos hechos que consignan los autores, que se nos considere debidamente, y que los historiadores nacionales y extranjeros, al hablar de nuestros Reyes, aunque se llamen D. Jaime, D. Martín o D. Alfonso el Magnánimo, dejen de dedicarles tan sólo en sus obras algunas líneas, empleando, no obstante, muchas páginas al ocuparse de un Sancho el Bravo, o de un D. Enrique el Doliente, o de algún insignificante Monarca, ocurriendo lo mismo con los artistas y sabios nuestros que, por no haberlos estudiado, son mirados despectivamente, siendo en cambio los extraños juzgados con hiperbólica consideración y elogio.

Esta Academia se felicita de contar desde hoy con un nuevo compañero de grandes prestigios y no menos entusiasmos. De su cooperación en nuestras humildes tareas estamos ya satisfechos de antemano, pues todos sabemos que ama intensamente a su pequeña patria, sin menospreciar la de los demás; que conoce su Historia y que se interesa por ella hasta traspasar los límites de la prudencia; que disimula sus defectos entre extraños y los censura entre los propios. Como sabe que el cultivo de la ciencia es elemento de público bienestar, medio de educación intelectual, vínculo de unión entre hombres de las más apartadas regiones, y, entusiasta por el arte, ha encontrado siempre en su estudio las más cumplidas satisfacciones de su alma, bien podemos decir que por su calidad de Catedrático, por su manera de pensar y por el interés que muestra en todo lo que a las artes se refiere, será un excelente colaborador nuestro y trabajará con nosotros para realzar los prestigios de esta Ilustre Corporación, si por desgracia hubiera necesidad de ello, pues por ahora está muy por encima de malquerencias extrañas, de egoísmos de fuera y de insidias forasteras. Mi felicitación pues, mi abrazo de compañero y amigo, y *ad multos* años.—HE DICHO.
